

El zorro y la tortuga

José Antonio Aguilar Rivera

UNA METÁFORA SIRVE PARA DAR CUENTA DEL ENFRENTAMIENTO ENTRE EL GOBIERNO de México y la dictadura de la isla de Cuba. Se trata de la extraña relación entre el zorro y la tortuga. El zorro, como reconoció Isaiah Berlin, sabe muchas cosas. Es un animal astuto y taimado. Está alerta en todo momento; husmea al viento en busca del rastro de la presa o el enemigo. Tiene el don de la oportunidad. La tortuga, en cambio, no es muy lista. Cree a pies juntillas en el poder de su voluntad para remontar los obstáculos que encuentra a su paso. Es lenta para percatarse de las maniobras del zorro, que siempre le lleva la delantera. Su corta estatura le impide ver más allá de unos cuantos metros; tampoco puede girar la cabeza para ver el camino andado. Cree que el mundo es como se presenta ante sus ojos. No sabe que a unos cuantos metros le espera un arroyo o, peor aún, una autopista. Su debilidad es la ingenuidad. A pesar de que el apellido del presidente de México quiere decir «zorro» en inglés, en el *affaire* cubano ha representado el papel de la tortuga.

Fidel Castro, en cambio, es un viejo zorro. Veterano de mil intrigas, el anciano dictador es un maestro de la manipulación política. Nadie que haya tenido contacto con un régimen policiaco se extrañará de la práctica de grabar las conversaciones telefónicas. El único sorprendido es el presidente Fox. En su enorme ingenuidad creyó que la mejor arma para lidiar con el dictador caribeño era la franqueza, el tuteo, la amistad y la confianza campechana de la que hace gala. Fox es un bonachón despistado que se dejó embarcar por su canciller en una «aventura descocada».

La astucia del zorro ahora se muestra con claridad. Después de la absurda visita de Fox a Cuba y de su reunión con los disidentes cubanos, Castro supo que la política de México hacia Cuba podía cambiar. La tortuga, por su parte, no sabía bien hacia dónde se dirigía. Desde su inauguración Vicente Fox ha creído que él es el anfitrión de la fiesta democrática. Tanto en política interna como externa, ha creído que su papel era saludar y sonreírle a todos los invitados. La obligación del anfitrión es, después de todo, tener a todos los huéspedes contentos. Esmerado en atender a los invitados, Fox olvidó el motivo de la fiesta. Todos eran bienvenidos. Lo mismo se tomaba del brazo con el dictador Fidel Castro y lo llamaba su «amigo», que asentía sonriente a las nuevas propuestas de que México tomara un papel más activo —y conflictivo— en la promoción de los derechos humanos. Creyó que podía complacer a todos. Un buen anfitrión no le niega nada a sus invitados. Castro, más astuto, supo que alguien —si no era el cándido e indeciso presidente— acabaría por definir el rumbo de la política exterior de México. El propio Castro ha dicho que el presidente de México es un ingenuo, una víctima despistada y manipulada por su secretario de relaciones exteriores. El enemigo no es el bonachón presidente, que gusta de montar a caballo, sino el pérfido traidor Jorge Castañeda. No es la tortuga la villana de la fábula, sino su ministro, una liebre saltarina. Pero en esta ocasión el canciller no se equivoca.

A partir del incidente en la embajada en La Habana era evidente que Castro iba dos pasos adelante del gobierno mexicano. Cuando tuvo lugar en Monterrey la cumbre de la ONU sobre el financiamiento del desarrollo, Fox aún no había reparado en la incongruencia de sus acciones hacia Cuba. Sabía que Castro era un invitado problemático, pero no quería aguarle la fiesta a nadie. Todos los jefes de Estado tenían que pasarse un buen rato y convivir alegremente. Hasta Fidel podía desayunar a su lado. Fox tenía dos opciones y ambas representaban un costo político para él: o le pedía abiertamente a Castro que se fuera antes de que llegara el Presidente de los Estados Unidos y pagaba el costo de ser criticado por el PRI y el PRD (por no decir los propios cubanos) o no hacía ningún señalamiento y se arriesgaba a que Fidel le hiciera pasar un mal rato a Bush. Después de todo, México sólo era el país anfitrión de un evento organizado por la ONU. Ambas opciones tenían costos, pero Fox no quiso pagarlos. Creyó que podía ahorrárselos por completo y quedar bien con todos. Sería el anfitrión perfecto. La solución era hacer una llamada «privada» a su «amigo» Fidel Castro. Como la tortuga, que tiene un cuello corto que le impide mirar atrás, Fox no recordó o no comprendió que su reunión con los disidentes en Cuba, la toma de la embajada en La Habana y las declaraciones de su canciller sobre el «fin de las relaciones con la Revolución cubana» habían transformado las relaciones entre los dos países. Confiado, un bonachón Vicente Fox le dio un codazo pícaro al barbudo comandante y le dijo: «¡Vamos, Fidel, échame una mano!» Como la miope tortuga, Fox no previó que unas semanas después tendría lugar la votación en Ginebra sobre la situación de los derechos humanos en Cuba. Tal vez no era el mejor momento para pedirle favores a Castro. Mas lo importante en ese momento era que no se aguara la fiesta en Monterrey.

En cambio, Castro, el zorro, sabía muy bien que pronto habría ocasión de cobrarle el favor. Pero como el presidente de México había mostrado una naturaleza inconstante, decidió comprar un seguro y grabar la conversación. Capitalizó de esa manera su torpeza y sacó provecho de la posición de vulnerabilidad en la que el propio Fox se había colocado. Así, Castro se guardó un as bajo la manga. Y si Fidel no sabía dónde le dolía al gobierno mexicano, Fox se encargó de decírselo claramente. Le pidió amablemente al dictador que no hiciera declaraciones sobre incidentes desagradables, como la toma de la embajada mexicana.

La actuación del dictador en Monterrey fue fríamente calculada: nada de intempestiva tuvo la salida de Castro. Por un lado, Fidel cumplió con lo prometido a Fox: se retiró poco después de su discurso en el foro. Sin embargo, antes de irse dijo que el gobierno mexicano le había pedido irse. No reveló, por supuesto, que había sido el mismísimo presidente Fox el autor de dicha solicitud. Se reservó esa carta para más tarde. Castro sabía perfectamente que la revolucionaria oposición mexicana y sus aliados recogerían de inmediato su declaración. Era una bomba sembrada de manera premeditada. El PRI y el PRD serían sus peones en la siguiente jugada: su trabajo consistiría en poner presión sobre el gobierno para evitar que México votara a favor del respeto de los derechos humanos en Cuba. Y, a juzgar por la lamentable votación en la cámara de diputados en ese sentido, Castro calculó muy bien cómo se comportarían sus comparsas mexicanos. Por su parte, el gobierno mexicano negó no sólo que los Estados Unidos le hubieran presionado para adelantar la salida de Castro, sino también que México le hubiera pedido al jefe de Estado cubano que se fuera de manera anticipada.

No creyó que Castro fuera capaz de poner a Fox en evidencia. Es posible que Fidel creyera que la agitación producida por sus declaraciones disuadiría al gobierno de Fox de que votara a favor de la recomendación de Uruguay en Ginebra. No fue así. El voto de México le demostró a Castro que, por lo menos durante algunos años, México no sería ya un aliado de Cuba. No había ya nada que perder y, en consecuencia, Fidel decidió hacer pública la grabación. Expuso así al presidente mexicano como un mentiroso. Fox, es cierto, ya no le telefoneará a Castro ni lo tomará del brazo cuando se lo encuentre, pero con un poco de suerte el antipático canciller podría caer. Lo más grave en la actuación de Fox no es la mentira —un recurso que a veces es útil en la política entre las naciones— sino la ingenuidad. Nadie debería sorprenderse de que un dictador traicione la confianza puesta en él.

Lo notable de este embrollo es que era innecesario. Un presidente del PAN democráticamente electo no tenía por qué ser amigo del último dictador de América Latina. Ningún vínculo ideológico lo une a la Revolución cubana. Todos habrían esperado que su política exterior lo llevaría a distanciarse naturalmente de la dictadura cubana. Fox tejó la telaraña que lo atrapó. Sus traspies son muestra de una patología política recurrente. Como ocurrió con Marcos —su otro «amigo» de la selva chiapaneca— el enredo cubano es obra exclusiva de Vicente Fox. En ambos casos, un presidente ingenuo se enfrentó a dos rivales que lo superaban en mucho en habilidad. Frente a ambos hizo el ridículo porque no comprendió la dimensión estratégica del conflicto. Lo realmente preocupante del episodio cubano es que demuestra que Fox ha aprendido muy poco. La tortuga, parece, no sabe escoger a sus amigos.

Tomado del periódico *Universal*.